

UN DIÁLOGO ENTRE LA IGUALDAD Y LA DIFERENCIA

Soledad MURILLO DE LA VEGA
Universidad de Salamanca (España).

POSADA KUBISSA, Luisa, *Sexo y Esencia. De esencialismos encubiertos y esencialismos heredados: desde un feminismo nominalista*, ed. Horas y Horas, col. Cuadernos Inacabados, Madrid, 1998, 147 pp.

Conocí a Luisa Posada en los dos años que participe en el Seminario Feminismo e Ilustración; bajo la dirección de Celia Amorós y dentro del Instituto de Investigaciones Feministas, en la Universidad Complutense de Madrid. Cuando Luisa intervenía con una ponencia, era para desmenuzar el logos de Inmanuel Kant. Me sorprendía la facilidad con la que estudiaba obras sumamente complejas y —sin banalizarlas— nos ofrecía sus claves con el fin de que siguiéramos sus tesis principales. Luego leí a la filósofa Ursula Pia Jauch a través de un texto delicioso: *Filosofía popular o filosofía para damas* (Alianza editorial), traducido por la propia Luisa Posada, donde se despliega un conocimiento basado en la incertidumbre, gracias a preguntas difíciles e ingeniosas que formulan las mujeres. Unas formas de acceso a la realidad, tan contrarias al academicismo.

Esta mezcla de rigor y buen hacer de la autora se refleja en el libro que aquí recomiendo. En su introducción nos dice que puede leerse como la *Rayuela* de Julio Cortazar, alternando los capítulos o siguiendo el orden propuesto. Sin embargo, no me parece casual que comience como lo hace. De los dos capítulos que componen el texto, el primero se titula: *De esencialismos encubiertos*, donde Kant y Sade serán los elegidos, para seguir con *De esencialismos heredados*, un lugar para un diálogo imposible, auspiciado por la autora, entre Luisa Muraro y Celia Amorós.

La principal intención que subyace en sus páginas (sólo 147) es presentarnos algunos autores, capaces de sostener términos con los que parece congraciarse el feminismo de la diferencia. Se insiste en la importancia de aplicar la filosofía de la sospecha a los textos. No en vano el feminismo ha cumplido ese papel con cualquier ámbito del pensamiento. El libro, *Sexo y Esencia* es una invitación a no eludir la responsabilidad que contraemos como feministas, cuando se eligen como referentes, aquellos conceptos que han servido para fundamentar lo que de natural hay en las mujeres. Naturaleza que no nos capacita, ni convalida como sujetos políticos. He de advertir que sólo me detendré en algunas partes del texto, porque su totalidad hay que degustarla.

En honor a las muchas horas de lectura, al tiempo compartido, el texto se abre con un viejo conocido, Kant; lo que no le libra de un epígrafe que evidencia sus tretas: *Cuando la Razón práctica no es tan pura*. Veremos como el filósofo alemán

no escatima esfuerzos en presentar a las mujeres exentas del ejercicio de la razón. Si éstas llegasen a registrar algún signo que equivalga a semejante proeza, estarían muy cerca del travestismo más descarado: “Una mujer que sostenga profundas discusiones sobre mecánica, como la Marquesa de Châtelet, tendría, además, que tener barba”. En otros casos su confinamiento en el reino de las emociones, las preserva de los avatares de la lógica filosófica. De esta manera Kant es un filósofo de la diferencia, porque si bien el pensar no es femenino, sí lo es la emocionalidad y el sentimiento.

De igual modo, reconoce la esencia desigual entre hombres y mujeres, pero aspira a lograr su complementariedad. Primero, y en virtud de la unión matrimonial, podrán convivir la sensibilidad y la razón, siempre que se mantengan las diferencias (ninguno deberá invadir el terreno del otro). Observando esta cautela se logrará la unidad —*la persona moral*—. La segunda solución se inscribe apelando al principio natural, según el cual las mujeres, como seres reproductivos, son vulnerables. El sexo más débil precisa de la tutela del sexo más fuerte, hombres y mujeres conforman una totalidad moral, sumadas (que no mezcladas) sus respectivas esencias.

Cuando la autora aborda su segundo autor, no escatima ingenio al titularlo: *Un “gran reserva francés” al “vino de mesa rousseuniano”*, señalando a Sade y Rousseau, distintas cosechas para unos aromas muy dispares. Si la Sofía del filósofo francés es un catálogo de excelencias, gracias a estar alejada del bien común, del espacio público, las heroínas femeninas del Marqués parecen disfrutar de una libertad sexual que destituye la virtud matrimonial y la responsabilidad materna. Sin embargo, no es transgresión todo lo que se exhibe en los textos sadianos. Los hombres son los amos y libertinos, disponen de su cuerpo y de otros cuerpos. Son propietarios, eclesiásticos, políticos, escritores. Las mujeres están sometidas, intercambiadas, victimizadas hasta convertir el dolor en fuente de placeres ajenos. Posada sospecha de nuevo, y evidencia el deficitario reparto donde unos se erigen como sujetos de placer y otras devienen objetos. La mujer libertina deberá superar una serie de rituales, entre ellos, eliminar a la madre, porque si no lo hiciera se convertiría en una esposa sumisa. La trampa es que sea ella la encargada de dinamitar un sistema de alianzas del contrato sexual (familiar y matrimonial).

En la parte *De esencialismos heredados*, y después de una relectura de las fuentes epistemológicas de Luce Irigaray, que guarda una extraña semejanza con las tesis defendidas con Kant, nos encontramos con dos importantes autoras: Luisa Muraro y Celia Amorós, presentadas bajo el epígrafe *¿Compañeras de viaje feminista?* (magnífica la interrogación), que defienden sus posiciones desde el discurso de la diferencia y la igualdad, respectivamente.

A Luisa Muraro le indigna y le sorprende que aún existan sólidas barreras en la partición de las mujeres en los asuntos de Gobierno. Precisamente en las respuestas a esta ausencia, se calibran las divergencias del feminismo contemporáneo. Muraro va a impugnar el paradigma político de la modernidad a través de otras formas de hacer política: “la política de las mujeres”. No puede perderse más tiempo insistiendo en la participación en el ámbito público, mantiene Muraro, máxime

cuando la política no entiende de diferencias, porque éstas quedan sofocadas bajo el principio de igualdad. La diferencia sexual es clave para configurar la identidad de las mujeres, mientras que para Celia Amorós, la identidad se construye gracias a la lucha feminista por la igualdad. Muraro sostiene que la identidad es femenina, los hombres no participan, ni construyen identidades porque les falta lo esencial: descubrir nuevos mundos, rescatar prácticas de mediación —ocultas hasta el momento— como la relación que se instaura entre madre e hija. El orden simbólico de la madre favorece acceder a unas relaciones diferentes entre las propias mujeres. Como la de *affidamento*, donde el mutuo reconocimiento de la autoridad —de manera pública y explícita— parece bastar para neutralizar poderes políticos que en nada se asemejan al mundo femenino.

Celia Amorós se distancia del planteamiento ontológico, pero se distancia para afinar su sabia puntería. Las redes simbólicas no pueden imponerse sobre las relaciones de poder, porque no se cumple la principal condición para que las mujeres operen semejante maniobra: se precisa ser equipotentes. Mientras el discurso político masculino es cicatero, no cede terreno ni lo comparte, sería grave ensimismarse en figuras y retóricas que ponen el acento en una reconceptualización sin límites. Ceder el ámbito político, donde se legisla, se lidera y se gestiona la parte más dura de la realidad, sería un gran motivo de celebración para los hombres que durante siglos nos han recordado, las virtudes o defectos que nos invalidan para el acceso a la cosa pública. Permutar la retirada por un gueto —confortable y autoestimativo— es un juego peligroso. La jerarquía natural entre hombres y mujeres, no se inscribe en el imaginario social únicamente, sino que se presenta como un serio conflicto de intereses. Las prácticas de poder no son generosas ni maleables, por lo tanto, son poco propensas a reducirse a figuras y metáforas de poder. “Queremos ser individuos, no una ficción” enfatiza Amorós.

Luisa Posada ha realizado un gran esfuerzo, tarea cada día más cercana a la excepcionalidad, por la creciente dificultad de hallar textos pensados, sin que se conviertan en discursos herméticos y accesibles sólo para los iniciados. En el libro que aquí se reseña, se renuncia a la crítica fácil, es una invitación a reconsiderar algunas alianzas teóricas. Para ello, Luisa Posada se ha sumergido en las fuentes, las cuales no son precisamente livianas, sino todo lo contrario, sumamente complejas. A esto se suma que los textos se articulan mediante códigos diferentes: desde la estética del feminismo de la diferencia, hasta los registros de la filosofía ilustrada. Hay que celebrar, que este libro afronte el reto de reflexionar, interpretar y proponer en primera persona. Para nosotras, como mujeres, su lectura nos brinda la oportunidad de fundamentar mucho más nuestros argumentos, frente a un logos masculino habituado a reinar en solitario, y decidir de manera unívoca los significados. De sus grietas se encargan textos como éste, capaces de señalar los oscuros orígenes del poder patriarcal, por mucho que puedan camuflarse bajo metáforas galantes.